

SERMON I

De la Ascensión del Señor. (73)

Misterios encerrados en la Ascensión del Señor. Los cuarenta días sirvieron para confirmar a los apóstoles y la duda de éstos ha sido provechosa para nosotros. Bienes de la presente festividad (Segunda dominica después de Pascua y día de la Ascensión).

Hoy, carísimos, se ha cumplido el número de los cuarenta días sagrados, que han transcurrido después de la gloriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo, con la cual el poder divino restableció en tres días el verdadero templo que la impiedad judía había destruido. Este número de días lo señaló la Providencia santísima para provecho y enseñanza nuestra, para que al prolongarse en este tiempo la presencia corporal del Señor se afirmase la fe en la resurrección con las pruebas necesarias. La muerte de Cristo había turbado sobre manera los corazones de los discípulos, y como sus pensamientos estuvieran entristecidos por el suplicio de la cruz, por la muerte y la sepultura, cierta especie de desconfianza se había apoderado de ellos. Pues las mismas palabras de las santas mujeres, como nos declara la historia evangélica al anunciar que la piedra del sepulcro está rodada, el cuerpo fuera del sepulcro y los ángeles testigos de que el Señor vivía, fueron tenidas por los Apóstoles y demás discípulos como algo parecido a sueños. La cual duda, producto de la humana debilidad, nunca hubiera permitido el Espíritu de la verdad que se adueñase del pecho de sus predicadores si aquella misma preocupación y curiosa indecisión no hubiera levantado los cimientos de nuestra fe. Se tendía a curar nuestras perturbaciones y nuestros peligros en los Apóstoles; nosotros mismos éramos instruidos en aquellos varones contra las calumnias de los impíos y contra los argumentos de la terrena sabiduría. Lo que ellos vieron nos adoctrinó a nosotros, lo que oyeron nos enseñó y lo que tocaron nos confirmó. Demos gracias a la Providen-

cia divina, a la en cierto modo necesaria tardanza en creer de los Santos Apóstoles. Dudaron ellos para que no tuviéramos que dudar nosotros.

Por eso los días que van, oh carísimos, entre la resurrección del Señor y su ascensión no pasaron infructuosamente, sino que en ellos recibieron su confirmación grandes sacramentos y se nos revelaron grandes misterios. En estos días se nos arranca el temor de la muerte cruel ²⁸ y no sólo del alma, sino también la inmortalidad del cuerpo se nos revela. En ellos, mediante el sopro del Señor, reciben los Apóstoles el Espíritu Santo, y al bienaventurado Apóstol Pedro, después de habérsele dado las llaves del reino de los cielos, se le encarga el pastoreo del rebaño del Señor. En estos días se juntó el Señor como compañero a dos discípulos que iban de camino, y para disipar la niebla de nuestra incertidumbre, reprende la tardanza en creer de estos hombres asustadizos y amedrentados. Sus corazones iluminados reciben la llama de la fe, y los que estaban tibios, al declararles el Señor las Escrituras, se vuelven fervorosos. Asimismo se les abren los ojos al sentarse a la mesa y partir el Señor el pan. Mucho más felices fueron los ojos de éstos pudiendo contemplar la glorificación de la naturaleza humana del Salvador, que los de nuestros primeros padres, quienes hubieron de ver la confusión de su propio pecado.

En medio de éstos y otros milagros, como los discípulos temblasen sobrecogidos del temor, a pesar de aparecérselos el Señor en medio de ellos y de haberles dicho: *La paz sea con vosotros* (Luc., 24, 36) para alejar de sus pensamientos la duda que se enroscaba en su corazón (creían estar viendo un fantasma, no un cuerpo), el Salvador demuestra la falsedad de tales cavilaciones poniendo a su vista las señales de la crucifixión de sus manos y pies y les invita a que le toquen y examinen atentamente, puesto que para curar las heridas de aquellos corazones incrédulos habían sido reservadas las huellas de los clavos y de la lanza y así pudiera creerse, no con fe dudosa, sino con ciencia ciertísima, que la misma naturaleza que estuvo en el sepulcro había de sentarse juntamente con Dios Padre en su trono.

Durante todo este tiempo que transcurre entre la resurrección del Señor y su ascensión, oh amadísimos, esto procuró la providencia de Dios, esto enseñó y metió en los ojos y corazones de los suyos, que se reconociese por verdaderamente resucitado al Señor Jesucristo que era el mismo que había nacido y padecido y muerto. Por donde los dichos Apóstoles y todos los discípulos que se habían alarmado por

la muerte de cruz y vacilaba su fe en la resurrección, de tal modo fueron reafirmados ante la evidencia de la verdad, que al subir el Señor a lo más alto de los cielos en vez de experimentar tristeza se llenaron de una gran alegría. Y ciertamente había motivo para gozarse de modo extraordinario e inefable al ver cómo en presencia de aquella santa muchedumbre una naturaleza humana subía sobre la dignidad de todas las celestiales criaturas, elevándose sobre los coros de los ángeles y a más altura que los arcángeles, no teniendo ningún límite su exaltación, ya que recibida por su eterno Padre era asociada en el trono de la gloria de aquel cuya naturaleza estaba unida con el Hijo. Y puesto que la ascensión de Cristo constituye nuestra elevación, y el cuerpo tiene la esperanza de estar algún día donde le ha precedido la cabeza ²⁹, por todo, alegrémonos, carísimos con dignos sentimientos de júbilo y gocémonos con piadosas acciones de gracias. Hoy no sólo hemos sido hechos penetrado lo interior de los cielos con Cristo, alcanzando cosas mayores por la gracia de Cristo, que lo que habíamos perdido por la envidia del diablo. Pues a los que el terrible enemigo arrojó de la felicidad de su primera vivienda (del paraíso), el Hijo de Dios, haciéndolos de su misma clase, los colocó a la diestra del Padre, con el cual vive y reina en unión con el Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMON II

De la Ascensión del Señor. (74)

Alegría y bienes que produce la Ascensión del Señor: aumenta la fe, nos estimula a deseos del cielo, nos hace despreciar la tierra. (Feria VI y sábado infraoctava de la Ascensión)

El misterio, amadísimos, de nuestra salvación, que el Creador del mundo compró con el precio de su sangre, se fue realizando desde el día de su nacimiento hasta el fin de la pasión, con gran derroche de humildad. Y aunque bajo la forma de siervo aparecieran muchos indicios de su divinidad, con todo, su manera de obrar durante aquel tiempo se encaminaba a demostrar la verdad de su naturaleza humana. Mas después de su pasión, rotas ya las ataduras mortales, que habían perdido su fuerza al sujetar a quien no conoció pecado, la debilidad se convirtió en valor, la mortalidad en eternidad, la ignominia en gloria, la cual el Señor Jesucristo manifestó con muchas y diversas pruebas delante de muchos, hasta que el triunfo de la victoria que había alcanzado sobre la muerte le llevase a los cielos. Así como en la solemnidad de Pascua la resurrección del Señor fue causa de nuestra alegría, así su ascensión a los cielos es igualmente para todos nosotros motivos del gozo presente, al conmemorar aquel día y celebrarlo como es debido, en el que la humildad de nuestra naturaleza, sentándose con Cristo, en compañía de Dios Padre, fue elevada sobre la milicia celestial y sobre los coros de los ángeles, y por encima de todas las potestades. Con semejante disposición de obras divinas fuimos fundados y edificados, para que se mostrase más admirable la gracia de Dios al desaparecer de la vista de los hombres aquella presencia visible que por sí misma imponía un justo sentimiento de respeto, y a pesar de lo cual, la fe no desfalleciese, la esperanza no vacilase ni la caridad se resfriase. La fuerza de las almas grandes y la luz de los entendimientos verdaderamente fieles consiste en creer sin vacilar las cosas que

no se ven con los ojos corporales y en fijar su deseo donde no pueden dirigir sus miradas. Mas esta piedad, ¿cómo podría nacer en nuestros corazones, o cómo podría nadie justificarse mediante la fe, si nuestra salvación estuviera supeditada únicamente a lo que nuestros sentidos alcanzan? Por lo cual a aquel Apóstol que parecía dudar de la resurrección de Cristo si no veía con sus ojos y tocaba con sus manos las señales de la pasión, le dijo el Señor: *Porque me has visto, has creído: dichosos los que no vieron y creyeron* (Jo., 20, 19).

Para que nosotros pudiéramos hacernos sujetos capaces de semejante dicha, habiendo nuestro Señor Jesucristo cumplido todas las cosas referentes a la predicación evangélica y a los misterios del Nuevo Testamento, a los cuarenta días de su resurrección y a la vista de sus discípulos se elevó a los cielos y allí está en presencia corporal, sentado a la diestra del Padre hasta que se cumplan los tiempos señalados por Dios para que la Iglesia se multiplique en sus hijos y venga a juzgar a los vivos y a los muertos con la misma carne en la cual subió a los cielos. Estos hechos de la vida de nuestro Redentor que eran bien patentes se convirtieron en misterios, y para que la fe fuera más excelente y firme, la enseñanza sucedió a la visión real, cuya autoridad seguirían los corazones de los creyentes iluminados por resplandores celestiales³⁰.

Esta fe, corroborada con la ascensión del Señor y fortalecida con los dones del Espíritu Santo, ni las cadenas, ni las cárceles, ni los destierros, ni el hambre, ni el fuego, ni los dientes de las fieras, ni los más exquisitos tormentos de los perseguidores la pudieron amedrentar. Por esta fe lucharon por todo el mundo y hasta derramar su sangre no sólo los varones, sino también las mujeres y ni sólo niños de poca edad, sino hasta las tiernas doncellas. Esta fe arrojó a los demonios, libró de las enfermedades, resucitó a los muertos. Así los mismos Apóstoles, que confirmados con tantos milagros e ilustrados con tantas enseñanzas, no obstante se atemorizaron ante la atrocidad de la pasión del Señor y que sólo después de muchas vacilaciones creyeron en la resurrección, se aprovecharon tanto de la ascensión del Señor, que todo cuanto antes les causaba miedo después se convirtió en gozo. Desde aquel momento elevaron toda la contemplación de su alma a la divinidad, sentada a la diestra del Padre y ya no les era obstáculo la vista de su cuerpo para que la inteligencia, iluminada por la fe, creyera que Cristo, ni descendiendo, se había apartado del Padre, ni con su ascensión se había apartado de sus discípulos.

Entonces fue, amados hermanos, cuando el Hijo del hombre e Hijo de Dios, se dio a conocer mejor y más piadosamente, cuando se reintegró a la gloria de la majestad del Padre, empezando a estar de manera inefable más presente en la divinidad el que se alejaba en la humanidad. Entonces fue cuando la fe, más ilustrada, aprendió a elevarse por medio del pensamiento y a no necesitar ya del contacto de la sustancia corporal de Cristo, en la cual es menor que el Padre, puesto que permaneciendo la misma sustancia del cuerpo glorificado, la fe de los creyentes es invitada allí, donde no con mano terrena, sino con espiritual inteligencia, se palpa al Unigénito igual al que le había engendrado. Esta es la razón por la que el Señor, después de su resurrección, dice a la Magdalena, que representaba la persona de la Iglesia, al acercársele para tocarle: *No me toques, pues todavía no he subido a mi Padre* (Jo., 20, 17); es decir, no quiero que busques mi presencia corporal, ni que me reconozcas con los sentidos carnales; te emplazo para mayores cosas, te destino a bienes superiores. Cuando suba a mi Padre me palparás más real y verdaderamente, tocando lo que no palpes y creyendo lo que no veas. Y estando los ojos de los discípulos llenos de admiración siguiendo sin pestañear al Señor que subía a los cielos, aparecieron ante ellos dos ángeles resplandecientes por la blancura de sus vestidos, que dijeron: *Varones de Galilea, ¿qué hacéis ahí clavados mirando al cielo? Este Jesús que ha sido arrebatado al cielo, así vendrá, de la misma manera como le habéis visto irse al cielo* (Act. Ap., 1, 11). Cuyas palabras enseñaban a todos los hijos de la Iglesia a creer que Jesucristo vendría visible con la misma carne con que había subido y no pudiese dudarse de que todas las cosas estaban sujetas a Aquel que desde su mismo nacimiento corporal había tenido a su servicio las milicias angélicas. Lo mismo que el Ángel anunció a la bienaventurada Virgen la concepción de Cristo por obra del Espíritu Santo, así al nacer de una Virgen fue la voz del cielo la que avisó a los pastores; y como su resurrección de entre los muertos fue dada a conocer por testimonio de ángeles, así también cuando venga a juzgar al mundo en su propia carne será proclamado por obra de los mismos ángeles, para que tengamos entendido cuántas potestades celestiales asistirán a Cristo cuando venga a juzgar si tantas le sirvieron cuando vino a se juzgado.

Así, pues, hermanos míos, rebosemos de gozo espiritual y alabando a Dios con digna acción de gracias levantemos los ligeros ojos del corazón hasta aquella altura en la cual se encuentra Cristo. No abatan

afanes terrenos nuestros pensamientos invitados a lo alto, ni llenen las cosas caducas a los elegidos para las celestiales; no entretengan halagos engañadores a los que caminan por las sendas de la verdad, y de tal manera transiten los fieles por los bienes temporales, que entiendan son peregrinos en este valle del mundo, en el que, si hay cosas apetecibles que gustan, no se deben acariciar con daño, sino despreciarlas con resolución. A semejante disposición de alma nos incita el bienaventurado Apóstol Pedro y, exhortándonos conforme a aquella caridad, que concibió con su triple confesión de amor al hacerse cargo del rebaño de Cristo, nos dice: *Carísimos, os suplico que como forasteros y peregrinos os abstengáis de los deseos carnales que pelean contra el espíritu* (I. Ptr., 2, 11). ¿A quién sirven los deleites carnales, sino al diablo que intenta encadenar con placeres de bienes corruptibles a las almas que aspiran a lo alto y las que se alegran en privar de aquellas sillas de las que él cayó? Contra tales asechanzas deben vigilar sabiamente cualquier cristiano para que pueda burlar a su enemigo, con aquello mismo en que es tentado. Nada hay más eficaz, hermanos míos, contra los engaños del diablo que la mansedumbre y la caridad espléndida, con la que todo pecado o se evita o se vence. Pero la perfección de esta virtud no se alcanza mientras no se destruya lo que le es contrario. ¿Mas qué hay tan opuesto a la misericordia y a las obras de caridad como la avaricia, de cuya raíz brota todo germen de pecado? La cual, como no se la dé muerte en sus comienzos, es preciso que en el campo de aquel corazón donde creció la planta de este mal antes nazcan las espinas y abrojos de los vicios que semilla alguna de virtud reverdezca. Hemos pues, de resistir, oh carísimos, a tan dañino mal, y hemos de buscar la caridad, sin la cual ninguna virtud puede vivir, para que por este mismo camino del amor, por el que Cristo vino hasta nosotros, nosotros a la vez podamos subir hasta El, a quien se debe en unión de Dios Padre y del Espíritu Santo el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON I

De Pentecostés. (75)

Correspondencia entre el Pentecostés cristiano y el mosaico. Los Apóstoles son instruidos por el Espíritu Santo. Se declara el misterio de la Santísima Trinidad y se refutan los errores contra el Espíritu Santo.

Todos los católicos saben, mis amados hermanos, que la festividad de hoy merece celebrarse entre las principales y nadie discute la reverencia especial que este día se merece, puesto que fue santificado por el Espíritu Santo con un señaladísimo milagro de su bondad. Este es el día décimo a partir de aquel en que subió el Señor sobre lo más encumbrado del cielo para sentarse a la diestra de Dios Padre y es el quincuagésimo contando desde el día de su Resurrección, brillando ahora en todo su esplendor lo que entonces se anunció y encerrando en sí maravilloso cúmulo de antiguos y nuevos misterios, que finalmente en esta fiesta se aclaran al adivinarse ya la gracia en la antigua ley y aparecer ahora la ley plenamente cumplida por la gracia. Como en otro tiempo fue dada la ley al pueblo hebreo, libertado de los egipcios, en el día quincuagésimo después de la inmolación del cordero en el monte Sinaí, así también, después de la Pasión de Cristo, en que fue sacrificado el verdadero Cordero de Dios, el día quincuagésimo después de su Resurrección el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles y sobre todo el pueblo de creyentes, para que fácilmente el cristiano sagaz conozca que los comienzos del Viejo Testamento prefiguraban ya los principios del Evangelio, estableciendo la segunda alianza el mismo Espíritu que instituyó la primera.

Pues como nos narran los Hechos apostólicos *al cumplirse los días de Pentecostés* ³¹*y estando todos los discípulos en un mismo lugar, se percibió un ruido que venía del cielo, como de viento impetuoso que se acerca, y llenó toda la casa en donde estaban reunidos. Y aparecieron distribuidas entre ellos como lenguas de fuego que se*

posasen sobre las cabezas de cada uno, y fueron llenos del Espíritu Santo, comenzando a hablar con otras lenguas, conforme el Espíritu Santo hacía que hablasen (Act. Ap., 2, 1). ¡Oh, cuán veloz es la palabra de la sabiduría, y siendo Dios el maestro que pronto se aprende lo que se enseña! No necesitaron de intérprete para entender, ni de práctica para hablar, ni de tiempo para consagrarse al aprendizaje, sino que iluminando cuando quiso el Espíritu de verdad los vocablos peculiares de las diversas lenguas se hicieron familiares en la boca de la Iglesia. En este día empezó a resonar la trompeta de la predicación evangélica y desde entonces las lluvias de carismas y los ríos de bendiciones cayeron sobre la tierra desierta y árida, porque para reanimar el aspecto del mundo *el Espíritu Santo se cernía sobre las aguas* (Gen., 1, 2), y para ahuyentar las viejas tinieblas refulgían los rayos de la nueva luz y con el brillo de las lenguas de fuego aparecía la palabra de Dios iluminada y su elocuencia como encendida, puesto que estaban dotadas de fuerza para iluminar el entendimiento y de fuego para consumir el pecado.

Mas aunque el mismo acontecimiento aparezca admirable, mis amados hermanos, y no quepa duda de que en aquel alegre concierto de todas las voces humanas estaba presente la majestad del Espíritu Santo, a nadie se le ocurra pensar, sin embargo, que en esto que ven los ojos corporales aparece su divinidad, pues es por naturaleza invisible e igual en este punto con el Padre y el Hijo, dando a conocer con la señal que le plugo la excelencia de su obra y don pero guardando en su misma Divinidad la propiedad de su esencia, porque como ni el Padre ni el Hijo así tampoco el Espíritu Santo pueden ser vistos por ojo humano. En la Trinidad divina nada es desemejante, nada es desigual, y todas las cosas que puedan pensarse de su ser ni en poder, ni en gloria, ni en eternidad son diferentes. Y siendo, en lo que se refiera a las propiedades de las divinas Personas, uno el Padre, otro el Hijo y otro el Espíritu Santo, empero no hay diversidad de Divinidad ni de naturaleza. Y procediendo el Hijo Unigénito del Padre y siendo el Espíritu Santo espirado por el Padre y el Hijo, no procede como las demás criaturas que dependen del Padre y del Hijo, sino que vive y reina con ambos y sempiternamente por subsistir juntamente con el Padre y el Hijo. Por donde al prometer el Señor antes de su Pasión a sus discípulos la venida del Espíritu Santo, dijo: *Todavía tengo muchas cosas que deciros, mas no podéis ahora comprenderlas. Pero cuando venga aquel Espíritu de verdad él os llevará al conocimiento*

de la verdad. No hablará de su caudal, sino que dirá cuanto hubiere oído y os predecirá lo futuro. todas las cosas que tiene el Padre son más, por eso os dije que recibirá de mi caudal y os lo anunciará (Jo., 16, 13). No son distintas las cosas del Padre y del Hijo y del Espíritu, sino que todo lo que tiene el Padre también lo tiene el Hijo y el Espíritu Santo y nunca faltó esta mutua comunicación en aquella Trinidad, porque la razón de poseer todos los bienes es su preexistencia eterna. Allí nadie puede pensar en tiempos, jerarquías o distinciones, y si nadie es capaz de definir lo que es Dios, tampoco nadie ose decir que no es, pues más excusable parece no decir cosas dignas de una Naturaleza inefable que atribuirle las que le sean contrarias. Así, pues, cuanto sean capaces de concebir los corazones piadosos de la eterna e inmutable gloria del Padre, otro tanto atribuyen al Hijo y al Espíritu Santo, sin restricciones ni diferencias. Por tanto, confesamos a esta beatísima Trinidad como un solo Dios, pues en estas tres Personas no puede darse diversidad, ni sustancial, ni de poder, ni de voluntad, ni de modo de obrar.

Y como aborrecemos a los Arrianos³² que pretenden ver distancias entre el Padre y el Hijo, así también detestamos a los Macedonios³³, que aunque concedan la igualdad entre el Padre y el Hijo, sin embargo aseguran que el Espíritu Santo es de inferior naturaleza, no reparando que cometen una blasfemia tal que no se les perdonará ni en el siglo presente ni en el juicio futuro, pues dice el Señor: *Quien hablare contra el Hijo del hombre será perdonado, mas el que hablare contra el Espíritu Santo no tendrá perdón ni en este siglo ni el venidero* (Mt., 12, 32). Así que quien persista en esta impiedad no será perdonado, pues arroja de sí a aquel por cuya virtud podía confesar su fe, de forma que nunca alcanzará el remedio del perdón quien no tiene abogado que interceda por él. De este divino Espíritu procede el poder invocar al Padre, de él las lágrimas de los penitentes, de él los gemidos de los que oran y nadie puede decir Señor Jesús, si no es por el Espíritu Santo (I Cor., 12, 4), cuya igual omnipotencia con el Padre y con el Hijo, formando con ellos una única Divinidad, la proclama claramente el Apóstol cuando dice: *Danse, claro está, gracias diversas, pero es uno mismo el Espíritu. Y también hay diversidad de ministerios, pero es uno mismo el Señor, y diversidad de operaciones, mas es el mismo Dios quien obra en todas las cosas* (Ib., v. 5)

Con éstos y con otros textos, queridísimos, con que brilla abun-

dantemente la autoridad de las divinas Letras, debemos animarnos a reverenciar todos de consuno este día de Pentecostés, saltando de gozo en honor del Espíritu Santo, santificador de toda la Iglesia, maestro del alma fiel, inspirador de las creencias, doctor de la sabiduría, fuente de amor, símbolo de castidad y principio de toda virtud. Alégrense hoy las almas de los cristianos porque en todo el mundo es alabado el solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo con la general confesión de todas las lenguas y porque todavía ahora el misterio que se descubrió bajo la forma de lenguas de fuego aún sigue obrando y comunicando sus dones ³⁴. Este mismo Espíritu de verdad hace brillar su mansión con el esplendor de su gloria y de su luz y no quiere que en su templo haya tinieblas ni tibieza. Para participar de su obra y doctrina usemos de la reparación de ayunos y limosnas, pues a este venerable día va unida la costumbre de una práctica saludable que experimentaron ser muy útil los santos de todos los tiempos, y a ejercitarla con interés os exhortamos con pastoral solicitud, para que si la incauta negligencia contrajo algunas manchas en los días pasados, las repare la aspereza del ayuno y las subsane la piadosa devoción. Así, pues, ayunemos las ferias cuarta y sexta y el sábado celebremos las vigiliass con el fervor acostumbrado. Por Jesucristo nuestro Señor que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON II

De Pentecostés. (76)

Necesidad de hablar sobre el Espíritu Santo. Veces que ha sido dado el Espíritu Santo.
Errores de Manes. El ayuno, don del Espíritu Santo.

Con gran claridad, carísimos hermanos, nos muestra la causa y motivo de la solemnidad presente el texto de la Santa Escritura por el cual supimos que el Espíritu Santo vino sobre los Apóstoles tal como se les había prometido y ellos esperaban el día quincuagésimo después de la Resurrección del Señor, que es el décimo a contar de su Ascensión. Y para adoctrinar a los nuevos hijos de la Iglesia³⁵ justo será añadir el regalo de nuestra homilía. Ni tememos que por ser cosas conocidas hastíen a los hombres espirituales y entendidos mas a quienes puede ser fructífero desear que se enseñe a muchos lo que ellos con gran utilidad propia aprendieron. Distribuya Dios sus gracias a todos los corazones y ni doctos ni ignorantes desprecien la palabra salida de nuestra boca, y así aquellos demostrarán que aman lo que ya conocieron y éstos que anhelan por lo que aún ignoran. A esta disposición vuestra se añadirá la liberalidad de aquel de cuya majestad pretendemos hablar haciéndoos a vosotros capaces de entender para provecho de la Iglesia y a nosotros explícitos en nuestra exposición.

Aplicando los ojos del alma para columbrar la dignidad del Espíritu Santo no le atribuyamos nada que sea ajeno a la excelencia del Padre y del Hijo, porque la esencia de la divina Trinidad no está reñida con la unidad. Eternamente el Padre es engendrador del Hijo coeterno como él. Eternamente el Hijo es engendrado antes de todo tiempo por el Padre. También eternamente el Espíritu Santo, es espirado por el Padre y por el Hijo, y del modo que nunca existió el Padre sin el Hijo existieron sin el Espíritu Santo, y excluyendo todos los grados o tiempos de existencia no puede ponerse una Persona primero

o después. La inmutable Deidad de esta bienaventura Trinidad es una en esencia, indivisa en el obrar, concorde en el querer, igual en poder e igual en gloria. Y cuando habla de ella la Sagrada Escritura de modo que en sus hechos o palabras señale algo que parezca convenir a cada una de las Personas, con esto no se perturba la fe católica, sino al contrario, es instruida, de modo que nos muestra la verdad de la Trinidad por las propiedades de hablar y de obrar, no haciendo división el entendimiento en lo que el oído hace distinción. Por esta razón algunas cosas aparecen atribuidas, bien al Padre, bien al Hijo o ya al Espíritu Santo, para que los fieles no yerren al confesar la Trinidad, la que siendo inseparable nunca se entendiera ser Trinidad si se expresase siempre sin distinción. Justamente la misma dificultad de expresión arrastra nuestro corazón a la recta inteligencia y la celestial doctrina nos ayuda con nuestra propia flaqueza y como en la Deidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo no puede concebirse nada peculiar o diverso, al menos se pueda comprender a la vez, en cierto modo, la verdadera unidad y verdadera Trinidad, aunque no seamos capaces de expresarlo al mismo tiempo con palabras.

Asentada ya, amadísimos, esta fe en nuestros corazones, con la cual creemos saludablemente que toda la Trinidad es al mismo tiempo un mismo poder, una majestad, una sustancia, indivisible en el obrar, inseparable al amar, sin diferencia en su potestad, llenando a la vez todo y juntando en sí todas las cosas, lo que el Padre es, esto lo es el Hijo y lo es el Espíritu Santo, y la verdadera Divinidad en ninguno puede ser mayor ni menor, la cual de tal modo hemos de confesar en las tres Personas, que ni la Trinidad pueda recibir división y la unidad guarde su perfecta igualdad. Grabada ya, carísimos, hondamente esta fe, no vacilemos en admitir que el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo llenó a los discípulos del Señor, no fue dar comienzo a sus dones, sino proseguir manifestando su largueza, porque tanto los Patriarcas, como los Profetas, los sacerdotes y todos los santos que en tiempos antiguos existieron fueron alimentados con la santificación de este mismos Espíritu y sin su gracia nunca se instituyeron sacramentos ni se conmemoraron misterios, para que siempre fuese la misma virtualidad de los carismas, aunque no siempre se distribuyesen en igual medida.

Los mismos bienaventurados Apóstoles no carecían de este Espíritu Santo antes de la Pasión del Señor, ni faltaba la eficacia de su poder a las obras del Salvador. Y al dar potestad a sus discípulos para

curar enfermedades y para arrojar los demonios también les donaba los efectos del propio Espíritu, en cuya virtud negaban los judíos que el mismo Jesús ahuyentase a los espíritus inmundos, atribuyendo al diablo los divinos beneficios. Y blasfemando de este modo, con razón arrancaron al Señor la sentencia en que dice: *Cualquier pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu Santo no se les perdonará. Al que diga una palabra contra el Hijo del hombre se le perdonará; pero quien la diga contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en esta vida ni en la otra* (Mt., 12, 32). De donde se colige que no hay perdón de pecados sin la intervención del Espíritu Santo, y es que nadie puede llorar, como conviene, ni implorar como es debido al ser dicho del Apóstol: *No sabemos pedir nada como es conveniente, sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables* (Rom. 8, 26), y *Nadie puede decir Señor Jesús sino por el Espíritu Santo* (I Cor., 12, 3), siendo fatal y mortífero vaciarse de El, pues nunca alcanzará perdón quien se ve abandonado de su intercesor. Todos, amadísimos, los que habían creído en el Señor Jesús tenían infundido el Espíritu Santo y los Apóstoles recibieron facultad de perdonar los pecados al insuflar sobre ellos el Señor después de su Resurrección y decirles: *Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonaréis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retuviéreis, les serán retenidos* (Jo., 20, 22). Pero se reservaba para aquella perfección que había de conferirse a los Apóstoles mayor gracia y más abundante infusión, de donde recibieron lo que aún no habían alcanzado y pudieron poseer más excelentemente lo que ya habían recibido; por lo cual les decía el Señor: *Aún tengo muchas cosas que deciros, mas no podéis entenderlas ahora; pero cuando viniere el Espíritu de verdad él os conducirá a la verdad total. No hablará de su cosecha, sino que dirá lo que hubiere oído y os predecirá lo venidero. El me clarificará, pues habrá recibido de lo mío y os lo anunciará* (Jo., 16, 12).

¿Cómo es que el Señor promete a sus discípulos el Espíritu Santo cuando ya había dicho: *Todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer. Mas todavía, dice, tengo muchas cosas que deciros que no podéis de momento entenderlas. Pero cuando viniere aquel Espíritu de verdad él os conducirá a la verdad total?* ¿Acaso quería el Señor que se le juzgase como de menor ciencia o que había aprendido del Padre algo menos que el Espíritu Santo, siendo él la Verdad y no pudiendo el Padre decir nada ni el Espíritu enseñarlo sin el

Verbo, y por eso había sido dicho: *Recibirá de lo mío*, porque lo que recibe el Espíritu, al darlo el Padre también lo da el Hijo? No era esto predicar otra doctrina ni enseñar verdad distinta, sino que convenía aumentar la capacidad de los que eran instruidos y multiplicar a la vez la firmeza de aquella caridad que echaría fuera todo temor y no tendría miedo al furor de los perseguidores. Lo cierto es que los Apóstoles, cuando se llenaron plenamente del Espíritu Santo, comenzaron a querer con más ardor y a poder con más eficacia, subiendo del conocimiento de los preceptos a la tolerancia de los sufrimientos, para que, al no temer ya ante ninguna tempestad, despreciasen las olas del mundo y las grandezas temporales con gran confianza, y no dando importancia a la muerte, llevasen el Evangelio de la verdad a todas las gentes.

Mas lo que dice y añade el Señor: *Cuanto oyeres os lo hablará y os predecirá el porvenir* (Jo., 16, 13) hemos de recibirlo, carísimos, no con entendimiento aletargado ni con oído ligero. Además de otras verdades que sirven para refutar la impiedad de los Maniqueos, ésta es la que sirve para echar completamente por tierra tan sacrílega falsedad. Pues pareciéndoles que seguían a cierto paladín magnífico y sublime, llegaron a creer que el Espíritu Santo se había manifestado en su maestro Manes³⁶ que el Paráclito prometido por el Señor no había venido hasta que hubo nacido este embaucador de desgraciados, y en quien hasta tal punto se habría aposentado el Espíritu de Dios, que no otro sería Manes que el mismo Espíritu, que por medio de la voz y la palabra corporal de aquél conduciría a sus discípulos a la posesión de la verdad. Pero la misma autoridad del Evangelio se encarga de descubrir la falsedad de semejante patraña, ya que Manes, esclavo del mentiroso diablo y fundador de una grosera superstición, no apareció para merecer la condenación hasta el año doscientos sesenta, siendo Cónsules Probo Emperador y Paulino, desencadenada ya la octava persecución contra los cristianos y habiendo experimentado innumerables miles de mártires con sus victorias el cumplimiento de la promesa del Señor, cuando dijo: *Al ser apresados no caviléis sobre qué o cómo hablaréis. Se os inspirará en aquel momento lo que debáis decir, pues no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hable por vosotros* (Mt., 10, 19).

No pudo, pues, diferirse la promesa del Señor por tan largo transcurso de años ni aquel Espíritu de verdad, que no recibió el mundo de los impíos, pudo contener la septiforme liberalidad de sus dones hasta

privar de su inspiración a tantas generaciones de la Iglesia, hasta que naciese el corifeo de tan torpes mentiras, quien ni siquiera puede atribuirse haber recibido una pequeña parte de la inspiración divina por pertenecer a la facción de aquellos que son incapaces de albergar al Espíritu Santo. Estando lleno del espíritu diabólico hizo resistencia al Espíritu de Cristo, y siendo el don de profecía atributo que la doctrina del Paráclito confiere a los santos de Dios, éste (Manes), para que el orden de los acontecimientos no descubriese sus patrañas, dirigió descaradamente sus sacrílegas invenciones a explicar los tiempos pretéritos³⁷. Y como si nosotros nada supiésemos de la eternidad del Creador ni del orden de la creación por la ley santa y por las profecías inspiradas por el cielo, hizo un amasijo de contradictorias y monstruosas mentiras que redundaban en ofensa de Dios y en deshonor de la naturaleza bien criada. ¿Y a quiénes, por último, había de iniciar en tales disparates sino a gentes demasiado necias y harto alejadas de la lumbre de la verdad, las cuales ya por la ceguera de su ignorancia, ya por el apetito de lujuria, llegan atraídos no por cosas sagradas, sino muy execrables y que por el común recato nosotros no hemos de mencionar en nuestro discurso, máxime después de haberlas propalado ellos abundantemente por confesión propia?

Ninguno de vosotros, mis amados hermanos, deba ser convencido de que el Espíritu Santo no se dignó tener parte con el autor de tanta impiedad. Nada le tocó de aquella virtud que Cristo había prometido y envió a su Iglesia. Al decir por boca del bienaventurado Apóstol Juan: *Aún no había sido donado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado* (Jo., 7, 39), la Ascensión del Señor fue la causa para dar el Espíritu, lo cual habrá necesariamente de negar (Manes) como ocurrido, puesto que niega que Cristo esté sentado, como verdadero hombre, a la diestra de Dios Padre. Mas nosotros, hechos herejeros por la regeneración del Espíritu Santo de una feliz eternidad de alma y cuerpo, celebremos la sacratísima fiesta de este día con el debido acatamiento y casto regocijo, confesando con el bienaventurado Apóstol Pablo que el *Señor Jesucristo subiendo al cielo llevó cautiva a la cautividad y dio dones a los hombres* (Eph., 4, 8), para que de este modo el Evangelio de Dios fuera anunciado por la elocuencia de la humana voz y *toda lengua confiese que Jesucristo está en la gloria de Dios Padre* (Phil., 2, 11).

Mas a la presente solemnidad también hemos de añadir la devoción de guardar el ayuno que nos viene de tradición apostólica, pues

asimismo merece señalarse entre los grandes dones del Espíritu Santo el que nos haya conferido la protección de los ayunos contra los halagos de la carne y las asechanzas del diablo para poder vencer con la ayuda de Dios todas las tentaciones. Ayunemos, pues, las ferias cuarta y sexta, mas el sábado celebremos las vigiliass en la basílica de San Pedro, recomendando el bienaventurado Apóstol nuestras oraciones, a fin de poder obtener en todo la misericordia de Dios por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón en la Festividad de San Pedro y San Pablo.(82)

Dignidad que alcanzó la ciudad de Roma por medio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo; brillante elogio de ambos y confianza que Roma debe tener en su protección. (29 de junio, festividad de San Pedro y San Pablo.)

Todo el mundo, dilectísimos, es participante de todas las santas solemnidades y la creencia de una misma fe exige que cuanto se conmemora como obra de la salvación universal se celebre en todas partes con común alegría. Sin embargo, la fiesta de hoy, aparte de la general reverencia que en todo el orbe de la tierra ha alcanzado, hay que honrarla con especial y propia alegría en nuestra urbe, para que, donde la muerte de los principales Apóstoles recibió glorificación, allí mismo en el día de su martirio alcance el mayor regocijo. Estos son los varones, Roma, que hicieron brillar sobre ti la luz del Evangelio de Cristo; y la que hasta entonces había sido maestra del error, te convertiste en discípula de la verdad. Estos son tus padres santos y pastores verdaderos que para incluirte en los reinos celestiales te fundaron mucho mejor y con más suerte que aquellos otros que con su trabajo echaron los primeros cimientos de tus murallas, y de entre los cuales el que te dio el nombre te manchó con la muerte de su hermano ³⁸. Estos son los que te levantaron a tanta gloria que te hicieron gente santa, pueblo elegido, ciudad sacerdotal y regia y por medio de la sagrada silla de S. Pedro ³⁹, cabeza del mundo, de modo que más sobresaliste por la religión divina que por el imperio terreno. Aunque acrecida con muchas victorias, extendiste por mar y tierra el derecho de mandar, empero menos fue lo que avasalló tu labor guerrera que lo que sometiste con la paz cristiana.

Pues Dios, bueno y justo y todopoderoso, que nunca negó su misericordia al género humano, y que a todos los mortales en general atrajo siempre a su conocimiento con abundantísimos beneficios, se compadeció con recóndito proyecto y superior piedad de la voluntaria ceguera de los que yerran y de la perversión que se inclina a lo malo,

enviando a su Verbo igual a sí y coeterno. El cual hecho carne, de tal modo unió a la naturaleza divina la naturaleza humana, que su misma descensión a tanta humildad se convirtió en nuestra mayor elevación. Para desparramar por todo el mundo los efectos de tan inefable gracia preparó la Divina Providencia el Imperio romano ⁴⁰, que de tal modo extendió sus fronteras que las gentes del orbe entero se avecinaron y acercaron. Venía muy bien para la obra divina (la predicación del Evangelio) que los varios reinos se confederasen en un solo Imperio, y así encontrase en seguida dispuestos la predicación general a todos los pueblos que estaban unidos por el régimen de una misma ciudad. Pero esta ciudad, desconociendo al autor de su encumbramiento mientras dominaba a casi todas las naciones, servía los errores de todas las naciones, y creía haber alcanzado un gran nivel religioso por cuanto no rechazaba ninguna falsedad. Así, mientras más era aherrojada con más fuerza que el diablo, tanto fue más admirablemente libertada por Cristo.

Porque cuando los doce Apóstoles, después de recibir del Espíritu Santo la facultad de hablar todas las lenguas, se distribuyeron las partes del mundo para predicar el Evangelio, el beatísimo Pedro, príncipe del orden apostólico, fue destinado a la fortaleza del Imperio romano para que la luz de la verdad, que se revelaba para la salvación de todas las naciones, se derramase más eficazmente desde la misma cabeza por todo el cuerpo del mundo. ¿Pues de qué raza no habría entonces hombres en esta ciudad? ¿O qué pueblos podrían ignorar lo que Roma aprendiese? Aquí había que triturar las teorías de la falsa filosofía, aquí había que deshacer las necesidades de la sabiduría terrena, aquí había que destruir la impiedad de todos los sacrilegios en donde con diligentísima superstición se había ido reuniendo todo lo que habían ido inventando los diferentes errores.

Y a esta ciudad, tú, beatísimo Apóstol Pedro, no temes venir, y con tu compañero de gloria el Apóstol Pablo, ocupado aún en organizar las otras Iglesias, te metes en esta selva de bestias rugientes y caminas por este océano de turbulentos abismos con más tranquilidad que sobre el mismo mar ⁴¹. Ni te arredras de Roma señora del mundo, tú, que en la casa de Caifás temblaste ante la criada del sacerdote. ¿Es que acaso estaba por debajo de los juicios de Pilatos o de la pasión de los judíos el poder de Claudio o la crueldad de Nerón? Es que vencía los motivos de miedo la fuerza del amor, ni querías temer a los que empezabas a amar. Este afecto de caridad tan decidida ya lo habías

concebido ciertamente cuando la profesión de tu amor al Señor fue fortificado con el misterio de la trina interrogación. Y no otra cosa se te pidió sino que apacentares las ovejas de aquel a quien amabas con el mismo alimento con que tú mismo habías sido ya recreado.

Aumentaban también tu confianza tantas señales milagrosas, tantos dones celestiales, tanta experiencia de virtudes. Ya habías instruido a los pueblos que habían creído de entre los circuncidados; ya habías fundado la Iglesia de Antioquía, en donde nació por primera vez la dignidad del nombre cristiano; ya habías empapado de las leyes de la predicación evangélica al Ponto, a la Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, y sin dudar de la eficacia de tu obra y sabiendo el espacio que te quedaba de vida, metías en los mismos alcázares de Roma el trofeo de la cruz de Cristo hacia donde te guiaban con divinas predicciones el honor de tu poder y la gloria de tu martirio ⁴².

A la cual, saliendo al paso de tu bienaventurado coapóstol, vaso de elección y especial maestro de las gentes, Pablo se reunió contigo precisamente en el momento en que ya toda inocencia, toda dignidad y toda libertad padecía bajo el imperio de Nerón. Cuya locura, alimentada por el exceso de todos los vicios, le precipitó hasta tal torrente de insania de ser el primero que prescribió la atrocidad de una persecución general contra el nombre cristiano, como si matando a los santos se pudiera sofocar la gracia de Dios, para los cuales esto mismo era su mayor ganancia, pues el desprecio de esta vida perecedera se convertía en consecución de la felicidad eterna. *Preciosa es, desde luego, a los ojos del Señor, la muerte de sus santos* (Ps., 115, 15), ni con ningún género de tormento puede destruirse la religión fundada con el misterio de la cruz de Cristo. No disminuye con las persecuciones la Iglesia, sino que aumenta, y siempre el campo del Señor se viste de más rica mies cuando los granos que cayeron uno a uno renacen multiplicados. Por lo cual con cuanta abundancia hayan retoñado estos dos preclaros gérmenes de la divina semilla, lo demuestran los miles de bienaventurados mártires, que émulos de los triunfos apostólicos rodearon nuestra urbe vestidos de púrpura y brillando por todas partes, y la coronaron a manera de diadema engarzada con la honra de muchas piedras preciosas.

Con la cual defensa, oh amadísimos, que nos ha sido preparado por Dios para ejemplo de paciencia y confirmación de nuestra fe, conviene alegrarse universalmente en la conmemoración de todos los santos, pero ante la superioridad de tales patronos con razón hay que

regocijarse más, a los que la gracia de Dios a tal sublimidad levantó entre todos los miembros de la Iglesia, que a ellos los puso en el cuerpo del cual es Cristo cabeza como la doble luz de sus ojos. De sus méritos y virtudes que sobrepujan todo lo que la lengua puede decir, no debemos pensar nada distinto o separado, puesto que la elección los hizo compañeros, el trabajo semejantes y el fin iguales. Como nosotros mismos lo hemos experimentado y nuestros antepasados lo demostraron, creemos y confiamos, en medio de los trabajos de esta vida, que para alcanzar la misericordia de Dios seremos siempre ayudados con las oraciones de estos patronos especiales, para que cuanto nos abatimos con nuestros propios pecados, tanto nos levantemos con los méritos apostólicos. Por nuestro Señor Jesucristo, el cual tiene con el Padre y con el Espíritu Santo el mismo poder, una sola Divinidad por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón en la Fiesta de San Lorenzo mártir.(85)

Gloria de mártir cristiano. (10 de agosto, festividad de San Lorenzo.)

Naciendo, oh amadísimos, todas las virtudes y la plenitud de toda justicia de aquel amor con que amamos a Dios y a los prójimos, en nadie con más verdad se encuentra que resplandece con más sublimidad y que brilla con más claridad que en los bienaventurados mártires, que tan cercanos están a nuestro Señor Jesucristo muerto por todos los hombres, en la imitación de su caridad como en la semejanza de sus padecimientos. Aunque a aquel amor con que el Señor nos redimió ninguna santidad pueda equipararse, porque una cosa es que muera por un justo un hombre que por su misma naturaleza es mortal, y otra que sucumba por los pecadores quien estaba libre de morir; sin embargo, también hicieron mucho por todos los hombres los mártires, de cuya fortaleza de tal manera usó la liberalidad de nuestro Señor, que no quiere que la pena de muerte y la misma atrocidad de la cruz sea terrible para nadie, sino que hasta por muchos sea imitada. Y si ningún bueno es bueno para sí sólo y de ningún sabio es únicamente amiga suya la sabiduría, sino que ésta es, por su naturaleza, madre de las verdaderas virtudes y quien está alumbrado de esta luz saca a otros muchos de las tinieblas del error, para instruir al pueblo de Dios no hay procedimiento más útil que los mártires. Sea la elocuencia fácil para suplicar y la oración eficaz para persuadir, pero más fuerza tienen los ejemplos que las palabras, y mejor es enseñar de obra que de palabra.

Con cuanta dignidad resplandezca en este excelentísimo método de enseñanza el mártir Lorenzo, con cuya pasión el día de hoy es celebrado, aun sus mismos perseguidores lo pudieron comprender, pues aquella admirable fortaleza de alma, nacida principalmente del amor de Cristo, no sólo no cedió ella, sino que arrastró también a otros con el ejemplo de su martirio. En los días en que el odio de las

autoridades paganas se ensañaba contra los más escogidos miembros de Cristo, y en especial perseguía a los que eran del orden sacerdotal, el impío perseguidor tomó por blanco de sus iras al diácono Lorenzo, que había sido destinado no sólo al sagrado ministerio, sino también a la administración de los bienes de la Iglesia. De la captura de un solo hombre prometíase una doble presa: porque si le hacía traidor al entregar el sagrado tesoro, le haría también apóstata de la verdadera religión. Presentóse, pues, este hombre ávido de dinero y enemigo de la verdad armado como de dos hachas encendidas: de la avaricia para robar el oro y de la irreligión para arrebatar a Cristo. Pide a aquel guardián intachable del santuario las riquezas de la Iglesia por las que avariciosamente codiciaba. Mas el castísimo diácono, mostrándole dónde las tenía depositadas, le presenta la grey numerosísima de los santos pobres, en cuya alimentación y vestido había invertido unas riquezas que eran ya inadmisibles, puesto que estaban tanto más a salvo cuanto más santamente habían sido empleadas.

Así ruge de rabia el ladrón fracasado y ardiendo en odio de una religión que ha ordenado tal uso de las riquezas acomete la destrucción de un tesoro más apreciable y ya que no había hallado en Lorenzo ninguna clase de denarios le arrebataría aquel tesoro que era para él la más estimable riqueza.

Mándale renegar de Cristo y se prepara a atacar la robusta fortaleza del corazón del diácono con crueles tormentos. Mas no obteniendo resultado los primeros se suceden otros más acerbos. Manda asar sobre el fuego aquellos miembros desgarrados y aquellas carnes surcadas con muchas heridas; manda ponerlos sobre unas parrillas de hierro, capaces de tostar por sí mismas por el mucho tiempo que han estado al fuego, para que volviéndolos alternativamente resultase el suplicio más cruel y la tortura más prolongada.

Nada consigues, nada adelantas, refinada crueldad. Se escapa el elemento mortal a tus invenciones, y marchando a los cielos Lorenzo tú quedas burlado. Con tus llamas no pudiste vencer el fuego de la caridad de Cristo, y más débil ha resultado el fuego que ardía en el exterior que el que abrasaba por dentro. Te has ensañado cuanto has podido, oh perseguidor, con este mártir. Acreciste la palma al aumentar los sufrimientos. Y, en efecto, ¿qué no ha inventado tu ingenio para contribuir a la gloria del vencedor, ya que los mismos instrumentos de suplicio contribuyeron a realizar su triunfo? Alegrémonos, pues, dilectísimos, con gozo espiritual, y por la dichosísima muerte de este

varón insigne demos gloria al Señor, que es admirable en sus santos y nos da en ellos protección y ejemplo a la vez. Y así ha hecho resplandecer su gloria por todo el orbe que desde el Oriente hasta el Occidente brillen los fulgores del diácono, y que siendo Jerusalén ensalzada por Esteban, sea ilustre Roma por Lorenzo ⁴³. Con cuyas oraciones y patrocinio todos nosotros confiamos recibir ayuda sin fin, y dado que *todos*, como dice el Apóstol, los que quieren vivir *fervorosamente padecerán persecución* (I Tim., 3, 12) fortalezcámonos con el espíritu de caridad y preparémonos a superar todas las tentaciones perseverando en una fe constante. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON IX

Del ayuno del séptimo mes.(94)

Conviene tener más cuidado del ayuno espiritual que del corporal. En qué consiste aquél. Razón de la institución del ayuno en las cuatro témporas. (Dominica III de septiembre.)

Sé ciertamente, amadísimos hermanos, que muchos de vosotros son tan fieles en lo que se refiere a la observancia cristiana, que no necesitan ser excitados con nuestras exhortaciones. Ni su inteligencia ignora, ni su piedad descuida lo que hace ya tanto tiempo ha establecido la tradición y confirmado la costumbre; pero como es deber del sacerdote dedicar una común solicitud a todos los hijos de la Iglesia, recomendamos por igual a todos, ignorantes e instruidos, a quienes conjuntamente amamos, lo que es saludable a todos; esto es, que con fe viva celebremos por la mortificación del espíritu y del cuerpo el ayuno a que estamos obligados por retorno del séptimo mes⁴⁴. Aunque racionar la comida propiamente parezca que afecta a la carne, nada es, sin embargo, lo que se permite o niega a los sentidos corporales que no se relacione con el alma como quien sirve al que manda. Estando obligado cada hombre a la doble ley de la continencia y no refiriéndose ninguna de nuestras acciones al cuerpo solo, pero sí muchas a sola el alma, debemos advertir prudentemente cuán indecoroso y cuán irracional sea, si lo que manda el superior lo menosprecie el inferior. Y para que el alma racional castigue saludablemente a sus sentidos exteriores, debe ejercitarse también en los propios ayunos, porque no sólo hay que hacer frente a los deseos de la carne, sino también a las concupiscencias del alma, conforme al dicho de la Escritura: *No vayas detrás de tus concupiscencias y apártate de tu gusto* (Eccl., 18, 30). Quien se abstiene, pues, de lo que la carne apetece, absténgase igualmente de lo que la sustancia interna torcidamente desea. Mal alimento del alma es querer lo que no es lícito y

dañoso deleite del corazón es el que se alimente de torpes ganancias o se infle con la soberbia o se goce en la venganza. Aunque el apetito corporal intervenga en tales efectos conviene mirar al origen de las cosas y allí hay que clasificar la especie de una acción donde se halle el primer movimiento de la voluntad consistiendo el mejor y más grande ayuno en apartarla de sus malos instintos, y entonces finalmente llega a dar fruto la abstinencia en el comer cuando la moderación de fuera procede de la templanza interior.

Dispuestos a celebrar, mis amados, el sincero y espiritual ayuno con el que el cuerpo y el alma se santifiquen en su verdadera pureza, escudriñemos los secretos de nuestro corazón y sometamos a riguroso examen qué nos entristece o alegra, y si hay algún amor de la vanagloria, alguna raíz de avaricia, alguna ponzoña de envidia, nada tome el alma de tales manjares, sino engolfada saboreando las virtudes, prefiera el celestial banquete a los terrenos placeres. Reconozca el hombre la dignidad de su raza y entienda que ha sido hecho a imagen y semejanza de su Criador y no se deje intimar por las fatales consecuencias del primero y común pecado hasta no hacer por elevarse hasta la misericordia de su Redentor. El mismo es el que dice: *Sed santos, porque yo soy santo* (Lev., 19, 2), esto es, preferidme a mí, y de lo que me desagrade, absteneos. Haced lo que me place, amad lo que yo hago. Y cuando os parezca difícil lo que mando, recurrir al que lo manda, para que de donde viene el mandato provenga también la ayuda, no negaré mi socorro, puesto que yo mismo di el deseo de cumplirlo. Privaos y absteneos de lo que me es contrario y adverso. Yo soy vuestra comida y bebida. Nadie suspira ineficazmente por mis bienes; quien se dirige a mí, me busca para tomar parte en lo mío.

Llenas están, amados hermanos, todas las páginas de las sagradas letras de tales exhortaciones, con que nos invitan a los bienes imperecederos y a los goces infinitos; y esto nos enseña la doctrina de ambos Testamentos, a que nos afiancemos en la verdad y nos retraigamos de la vanidad. No podremos alcanzar lo que se nos promete sin guardar lo que se nos manda. ¿Qué cosa más natural que haga la voluntad de aquél cuya imagen porta y que por la abstinencia del manjar se prive de pecar? Esta es la razón de haber sido fijada la observancia del ayuno en cuatro estaciones, a fin de que, a través del ciclo periódico del año, comprendiéramos que constantemente tenemos necesidad de purificarnos, procurando siempre, mientras estamos sujetos a las vicisitudes de la vida, borrar el pecado, que se contrae por la fragilidad de

la carne y las torpes concupiscencias, por medio de ayunos y limosnas.

Suframos, pues, queridísimos, un poco de hambre y cercenemos de nuestra vida ordinaria alguna cosa con que poder socorrer a los pobres. Saboreen los corazones misericordiosos el fruto de su largueza y recibirán con doblada alegría lo que repartieron para consuelo de los desgraciados. Amar al prójimo es amar a Dios, quien hizo consistir el cumplimiento de la ley de los Profetas en la unión de estos dos amores; de suerte que nadie pueda dudar que dar al prójimo es ofrecer a Dios mismo ya que nuestro divino Salvador y Maestro, hablando de socorrer y consolar a los pobres, decía: *Todo cuanto hicisteis con alguno de éstos, conmigo lo hicisteis* (Mt., 25, 40). Por tanto, ayunemos la feria cuarta y sexta y el sábado celebremos la vigilia en la basílica del Apóstol San Pedro, pues estamos seguros de que sus oraciones y méritos contribuirán a que nuestro ayuno y nuestra devoción sean aceptos a la divina misericordia por medio de nuestro Señor Jesucristo que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. *Dict. Théol. Cath. art. Leon Ier (Saint)*, col. 279 ss.
2. Batiffol presenta este ejemplo del sermón 32, c. 4: *quem magi infantem / venerati sun in cunabulis / nos omnipotentem / adoremur in caelis /*.
3. En la edición de BALLERINI, figura como el sermón III, aunque el breviario le señala como II.
4. De Melquisedec, figura de Cristo y de su sacerdocio, dice San Pablo las siguientes palabras, que servirán para entender mejor los conceptos de San León: *Este Melquisedec, rey de Salem, era sacerdote del Dios altísimo, el cual salió al encuentro de Abraham cuando regresaba de vencer a los reyes, y le bendijo; al cual Abraham dio el diezmo de todos los despojos; cuyo nombre, en primer lugar, significa rey de justicia; además de eso era rey de Salem, que quiere decir rey de paz; aparece sin padre, sin madre, sin genealogía, sin ser conocido el principio de sus días ni el fin de su vida, sino que siendo por todo esto imagen del Hijo de Dios, queda sacerdote eternamente* (Hebr., 7, 1-3.)
5. Con esta frase (en latín, *obtineat unctionem*) quiere vez Quesnell, célebre anotador de una edición de las obras de San León, un documento fehaciente de que ya entonces se practicaba la unción material en la consagración de los Obispos.
6. Evangelio que se lee en la Misa de aniversario de la elección de Sumo Pontífice.
7. Sabido es que los Romanos empezaban a contar los meses desde marzo, y así *septiembre* era el mes séptimo y *diciembre* el mes décimo, cayendo en ambos las témporas de San Mateo y las de Adviento, respectivamente.
8. A estas ferias corresponden las témporas de Adviento. Los miércoles y viernes se celebraba, además del ayuno, solemne estación en alguna iglesia romana, previamente designada. En cambio, el sábado, en la época de San León Magno, era día alitúrgico (como el sábado santo) y se pasaba en vigilia en la basílica de San Pedro *ad Vaticanum*, celebrándose la misa en la madrugada del domingo. Posteriormente, el sábado fue día de ordenaciones y adquirió relieve particular. Cf. L. EISENHOFER, *Litúrgica católica*, página 98.
9. Asunción (de *assumo*, tomar), con esta palabra designan los Padres el misterio de haberse apropiado la persona divina del Verbo la naturaleza humana. Aquí San León expone maravillosamente la doctrina ortodoxa contra Eutiques, que defendía el monofisismo, una sola naturaleza en Cristo, y contra Nestorio, que profesaba el error contrario, admitiendo dos personas. (Conc. de Calcedonia, año 415.)
10. San Pablo dice que Jesucristo fue igual en todo a nosotros, excepto en el pecado: *tentatum autem per omnia proximitudine absque peccato* (Hebr., 4, 15), por donde recibió con nuestra carne todas sus debilidades, excepto esta imperfección del pecado.
11. Alusión a las frases del protoevangelio: *et ipsa conteret caput tuum* (Gen., 3, 15.)
12. Se refiere a los Maniqueos, cf., nota (1), pág. 48.
13. La frase de San Pablo, que el Señor *hizo de dos cosas una sola, derribando la pared medianera de la heredad, las enemistades por medio de su carne* (Eph., 2, 14), quiere decir que el Señor hizo de los pueblos pagano y judío, tan opuestos por sus costumbres, genio, culto y cultura un solo pueblo cristiano. El muro que se oponía a dicha conciliación era la ley mosaica, abolida por Cristo, y las enemistades fueron canceladas mediante su pasión y muerte.
14. Alude San León a la costumbre idolátrica tomada de los Maniqueos o de los Priscilianistas de adorar a los astros. Mas como dice que algunos adoraban al sol, refiriéndose a la mayor belleza del creador, tal vez pudiera tener origen semejante ceremonia de la antigua costumbre de los cristianos de adorar mirando al Oriente, sobre todo en el rito del bautismo, al renunciar a Satanás se volvían al Occidente y al volverse al Oriente saludaban a Cristo y le adoraban. Pero pronto se convirtió en algunos cristianos ignorantes la práctica de adorar a Cristo vueltos al Oriente en rito de reminiscencias paganas, que combate el Santo Pontífice.
15. Los judíos, que rechazaban, a pesar de los testimonios explícitos del Antiguo Testamento, la divinidad del Mesías, terminaron por negar que Jesús fuera también hijo de David.

16. El Verbo es la Palabra del Padre (*Logos, Verbum*, verbo, palabra) y aquí juega el santo con estos vocablos.

17. Se refiere a los Santos Inocentes, a quienes no dañó la crueldad de Herodes, pues se convirtieron en los primeros mártires cristianos.

18. Manes, fundador del Maniqueísmo, nació en Persia y murió el 277. Su secta, a pesar de las persecuciones que hubo de sufrir, era aún muy vigorosa en tiempos de San León, y se conservó hasta la Edad Media. Su sistema es el Dualismo. Admite dos reinos: el de la luz o de Ormuz y el de las tinieblas con Ahrimán (Satan), y ambos con sus leones. En la lucha de ambos se sustrajeron al primero algunas partículas de luz que se juntaron con la materia para formar el *alma del mundo* (Jesús patibilis). Con las partículas de luz salvadas se formaron los astros (Jesús impatibilis), los cuales han de redimir las partículas de luz sumidas en la materia y restablecer así los límites de ambos imperios. Ahrimán formó los dos primeros hombres, cuyas almas son partículas de luz, y persuadió la procreación, la primera culpa, para dispersar así más la luz e imposibilitar su liberación. Por el contrario, el Jesús impatibilis se presentó en la tierra en un cuerpo aparente y murió aparentemente en la cruz, y enseñó lostres sellos, por medio de los cuales hay que redimir la luz de las almas: el *signaculum manus* (abstención del trabajo servil); el *signaculum oris* (abstención de vino y carne y manjares impuros) y el *signaculum sinus* (abstención de procrear, aunque no del uso sexual). Luego que la redención se haya terminado, el mundo se abrasará en un incendio y los reinos quedarán para siempre separados. Manes era el prometido Paráclito o Espíritu Santo que debía restaurar la doctrina de Jesús, falseada por los Apóstoles. Rechazaba del todo el Antiguo Testamento y parte del Nuevo, y, al contrario, admitía libros apócrifos. Después de lo dicho se comprenderán las alusiones de San León en este sermón y en otros que aquí traducimos.

19. Elección muy oportuna, por haber sido Santa Teresita la propugnadora del camino de la infancia espiritual.

20. La epístola de la Misa de la Dominica, I.^a de Cuaresma, tomada de la II Cor., 6, 1-10.

21. De la misa de este mismo domingo (I.^a de Cuaresma), tomado de Mt., 4, 1-11, en que trata de las tentaciones de Jesús.

22. Esta frase, un tanto oscura, quiere decir que Jesús, no manifestando su divinidad a Satanás, se dejó tentar de él y le dio motivo para que incluso le siguiera tentando posteriormente, sobre todo en la Pasión (oración del huerto, agonía en la cruz, etc.), hasta darle muerte. Pero al no conseguir vencer a Jesús era vencido el diablo con las mismas armas con que tantas veces había hecho sucumbir a los mortales.

23. Los Maniqueos son una secta de origen pagano, que más tarde tomó algunas doctrinas cristianas y se convirtió en herejía. Su autor, Manes, nació en Ctesiphón (Persia) hacia el año 215 y se creyó instrumento de una revelación divina para dar nueva vida a la religión caldea. Así se comprenden sus teorías sobre los astros y su influencia sobre los dos principios del Bien del Mal, de donde proceden las criaturas buenas y malas, etc. San León hace una magistral disección de esta doctrina en este discurso.

24. Este fue Eutiques, archimandrita de un gran monasterio de Constantinopla, y a quien San León califica de "imprudente y muy ignorante" (Epist. 28, cap. 1), que para oponerse a la herejía de Nestorio sólo admitía en Cristo una naturaleza (monofisismo). Fue condenado por San León en su célebre epístola conocida por "Tomo a Flaviano", proponiendo la fórmula dogmática *una persona y dos naturalezas*.

Respecto de Maniqueo, véase la nota (1) de la pág. 73.

Apolinar de Laodicea, nacido hacia el 310, fue condenado por el Sínodo romano de 377, en tiempos del Papa San Dámaso. Sostenía un monofisismo, según el cual el Verbo tomó carne, pero no es propiamente hombre, ya que no tiene alma racional, sino que la suple el Verbo. Sus discípulos llegaron a admitir el teopasquismo, o sea, que sólo la Divinidad padeció en la Pasión, y a este error alude aquí San León.

25. Ya en aquellos tiempos los Emperadores cristianos empezaron a proponer mayor benignidad a los jueces en tiempos de Cuaresma y a mitigar las condenas en esta época.

26. Se refiere al Cordero pascual de la ley mosaica, figura de Cristo.

27. Puertas de la muerte o del infierno se toma en el sentido de poderes del mal.
28. La resurrección y ascensión de Cristo son prenda de nuestra salvación eterna y de que el mismo cuerpo mortal habrá de gozar de inmortalidad en la gloria.
29. Según la doctrina del Cuerpo Místico, Cristo es nuestra Cabeza y nosotros somos miembros de su Cuerpo e iremos a gozar juntamente con la Cabeza.
30. Los sucesos que para los Apóstoles y contemporáneos de Cristo fueron objeto de conocimiento directo, para nosotros son objeto de fe y entran dentro del rango de misterios, que creemos al sernos propuestos por nuestra Santa Madre Iglesia. En este sentido nuestra fe es más meritoria que la de los Apóstoles. Así lo dio a entender Cristo en sus palabras a Santo Tomás: *dichosos los que no vieron y creyeron*.
31. *Los días de Pentecostés*, es decir, los cincuenta días, pues eso significa la palabra griega Pentecostés.
32. Arrio (A. 336) sostenía que el Verbo es un ser creado, no eterno ni consubstancial con el Padre, y además mutable. Fue condenado en el Concilio de Nicea, año 325.
33. El Macedonismo es una consecuencia lógica del Arrianismo, pues si el Hijo es criatura del Padre, y por él han sido hechas todas las cosas, el Espíritu Santo habrá de ser criatura hecha por medio del Hijo. El fundador de esta secta fue el obispo semiarriano de Constantinopla Macedonio, que enseñaba que el Espíritu Santo era inferior al Padre y el Hijo, servidor de ellos, pura criatura, semejante a los ángeles. Fue definitivamente condenada esta herejía (después de varios sínodos particulares) en el Concilio general de Constantinopla de 381.
34. El Espíritu Santo sigue comunicando sus dones y obrando en los fieles por medio de los Sacramentos y forma su mansión en el alma de los cristianos, que son templos vivos de Dios, llenos de luz por la gracia santificante.
35. "Los nuevos hijos de la Iglesia" eran los neófitos bautizados el sábado de la vigilia de Pentecostés.
36. Cf., nota (I), pág. 73.
37. Efectivamente, Manes, con su dualismo, lo que pretendía explicar era el origen del mundo, sustrayendo su creación a Dios y atribuyendo al principio del mal (Ahrimán) el origen de la primera pareja de hombres, con lo cual "sus monstruosas mentiras redundaban en ofensa de Dios y en deshonra de la naturaleza bien criada", en frase de San León. Para entender las frases del Santo que siguen no olvidemos que dice San Agustín (Contra Manich. PL., 32, 1221 ss.) que los Maniqueos atraían a muchos con apariencia de ascesis, la promesa de una elevada sabiduría y el misterio de su culto esotérico, acompañado de suma liviandad.
38. Alude a la leyenda de Rómulo, que dio muerte a su hermano Remo con motivo de la disputa surgida cuando se trataba de dar nombre a la nueva ciudad por ellos fundada.
39. Aunque equipara a los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y más adelante vuelve a insistir en el mismo concepto, sin embargo San León reconoce en todo caso la supremacía de San Pedro y el hecho de ser el primer Obispo de Roma.
40. Esta afirmación suele ser corriente en los Padres, que Dios se valió del Imperio romano (con su unidad de lengua, cultura, administración, comunicaciones, etc.), para facilitar la predicación del Evangelio. Argumento que no debe exagerarse, pues a su vez la unidad de administración hizo que las persecuciones fueran universales, alcanzando a las últimas provincias del orbe conocido.
41. Alusión a la duda de San Pedro cuando andaba sobre las aguas (Mt., 14, 28-32.)
42. Aquí alude probablemente San León a las predicciones sobre el martirio que el Señor había hecho a San Pedro (Jo., 21, 10) o a las mismas palabras del apóstol: *Certus quod velox est depositio tabernaculi mei secundum quod et Dominus noster significavit mihi*. (II Petr., 1, 14.)
43. Después de San Pedro y San Pablo, el santo diácono español fue considerado como el mártir más insigne del martirologio romano. La devoción a San Lorenzo llegó a ser popularísima en la Ciudad Eterna, teniendo, según el testimonio del Cardenal Schuster, hasta cuarenta iglesias dedicadas a su memoria en Roma, cuantas no tuvieron los mismos Apóstoles San Pedro y San Pablo.
44. Los romanos contaban el año a partir de marzo, y así septiembre era el mes séptimo.

INDICE

Introducción	3
Sermón III en el aniversario de su Coronación. (3)	8
Sermón VIII del ayuno del mes décimo. (19)	9
Sermón I de la Natividad del Señor. (21)	12
Sermón II de la Natividad del Señor. (22)	15
Sermón VI de la Natividad del Señor. (26)	20
Sermón VII de la Natividad del Señor. (27)	25
Sermón IX de la Natividad del Señor. (29)	30
Sermón I de la Epifanía del Señor. (31)	34
Sermón II de la Epifanía del Señor. (32)	37
Sermón IV de la Epifanía del Señor. (34)	40
Sermón VII de la Epifanía del Señor. (37)	46
Sermón VI de Cuaresma. (42)	49
Sermón IX de Cuaresma. (47)	54
Sermón en la Transfiguración del Señor. (51)	58
Sermón VII de la Pasión del Señor. (58)	63
Sermón VIII de la Pasión del Señor. (59)	68
Sermón XI de la Pasión del Señor. (62)	73
Sermón I de la Resurrección del Señor. (71)	77
Sermón I de la Ascensión del Señor. (73)	81
Sermón II de la Ascensión del Señor. (74)	84
Sermón I de Pentecostés. (75)	88
Sermón II de Pentecostés. (76)	92
Sermón en la Festividad de San Pedro y San Pablo. (82)	98
Sermón en la Fiesta de San Lorenzo mártir. (85)	102
Sermón IX del ayuno del séptimo mes. (94)	105
NOTAS	108